



unánimes

Estudios bíblicos

N: Los milagros de Jesús

10.- Jesús sana a un paralítico



unánimes

Estudios Bíblicos

N.10.- Jesús sana a un parálítico

1. El texto

Lucas 5:17-26

Aconteció un día que él estaba enseñando, y estaban sentados los fariseos y doctores de la Ley, los cuales habían venido de todas las aldeas de Galilea, de Judea y Jerusalén; y el poder del Señor estaba con él para sanar. Sucedió que unos hombres que traían en una camilla a un hombre que estaba parálítico, procuraban entrar y ponerlo delante de él. Pero no hallando cómo hacerlo a causa de la multitud, subieron encima de la casa y por el tejado lo bajaron con la camilla y lo pusieron en medio, delante de Jesús. Al ver él la fe de ellos, le dijo:

—Hombre, tus pecados te son perdonados.

Entonces los escribas y los fariseos comenzaron a pensar, diciendo: «¿Quién es este que habla blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?».

Jesús entonces, conociendo los pensamientos de ellos, les preguntó:

—¿Qué pensáis en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir: “Tus pecados te son perdonados”, o decir: “Levántate y anda”? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados —dijo al parálítico—: A ti te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.

Al instante se levantó en presencia de ellos, tomó la camilla en que estaba acostado y se fue a su casa glorificando a Dios. Y todos, sobrecogidos de asombro, glorificaban a Dios. Llenos de temor, decían:

—Hoy hemos visto maravillas.

2. Introducción

Esta narración de la sanidad de un parálítico aparece también en los otros dos evangelios sinópticos, Mateo y Marcos. Hemos elegido analizar la versión de Lucas porque es la más extendida y le agrega emoción al relato. Debido a su constante repetición, esta historia ha llegado a ser bien conocida. ¿Es posible renovar el interés en ella? Quizás. Con este objetivo, hemos intentado un nuevo enfoque con el tema principal: **Jesús demuestra su divino poder para perdonar pecados**. Hemos distribuido el material contenido en este texto bajo los cinco subtítulos que detallamos: Se prepara una batalla (entre Jesús y sus adversarios), se lanza un desafío (Jesús a sus adversarios), se hace un ataque (los adversarios), se gana una victoria (Jesús) y se celebra el triunfo (los espectadores). Creemos que este arreglo es fiel al sentido y al propósito del relato y preserva su unidad.

3. Se prepara una batalla

Aconteció un día que él estaba enseñando, y estaban sentados los fariseos y doctores de la Ley, los cuales habían venido de todas las aldeas de Galilea, de Judea y Jerusalén; y el poder del Señor estaba con él para sanar.

Como ocurre con frecuencia, la referencia al tiempo en que ocurrió este suceso no es definida por Lucas: “Uno de aquellos días”. En cuanto al lugar, por el relato paralelo de Marcos sabemos que fue en una casa en Capernaum. Algunos piensan que era la casa de Simón. Pero en ese caso ¿no habría sido más definida la referencia de Lucas a ella? Hay que reconocer la posibilidad de que algunos amigos pudieran haber proporcionado a Jesús una casa para su uso mientras desarrollara su ministerio en Capernaum y sus alrededores. Que en esta ocasión la casa estaba llena lo dice claramente Marcos.

Sin duda, estaban presentes discípulos y amigos de Jesús, con un interés genuino en la verdad. Además, debe haber habido gente que simplemente ardían de curiosidad por ver lo que Jesús diría y haría. Pero Lucas enfoca nuestra atención a otro grupo, formado por los mojigatos fariseos y los escribas que eran de la misma opinión.

En el Evangelio de Lucas esta es la primera referencia a los fariseos, que se mencionan frecuentemente en Mateo y en Marcos. Ellos eran una secta relativamente pequeña de separatistas. Se separaban no solamente de la impureza ceremonial, sino también de los gentiles, publicanos y “pecadores” y aun de las multitudes judías indiferentes, a quienes burlescamente calificaban de “gente que no sabe la ley”.

Los escribas eran hombres que estudiaban, enseñaban, interpretaban y transmitían la ley mosaica; esto es, la ley como generalmente la explicaba la tradición. En realidad, con frecuencia, la verdadera ley de Dios quedaba en sus enseñanzas sepultada bajo la tradición.

En los pasajes posteriores a este, Lucas menciona a los escribas junto con los fariseos y en algunos otros se les vincula (a los escribas) con los principales sacerdotes. En este relato la combinación “fariseos y doctores de la ley (escribas)” es clara.

Ahora bien, estos fariseos y los doctores de la ley habían llegado de todas las aldeas de Galilea, de Judea y Jerusalén (esto es probablemente una hipérbole). Por el relato de Lucas es claro que estos hombres eran cualquier cosa antes que imparciales. Parecen haberse llenado de envidia, profundamente perturbados por las grandes multitudes que Jesús estaba atrayendo y por el contenido de su enseñanza.

En forma significativa, Lucas añade que el poder del Señor—esto es, de Jehová—estaba con Jesús “para sanar”, lo que significa: capacitándolo para sanar. La “curación” descrita

en esta historia afectaba tanto al alma como al cuerpo, según se mostrará.

Entonces, considérense estos dos grupos: por una parte los fariseos y los doctores de la ley, llenos del deseo de destruir; por otra parte Jesús mismo, rebosante del poder sanador. Es claro que el conflicto se está gestando, se prepara una batalla.

4. Se lanza un desafío

Sucedió que unos hombres que traían en una camilla a un hombre que estaba paralítico, procuraban entrar y ponerlo delante de él. Pero no hallando cómo hacerlo a causa de la multitud, subieron encima de la casa y por el tejado lo bajaron con la camilla y lo pusieron en medio, delante de Jesús. Al ver él la fe de ellos, le dijo:

—Hombre, tus pecados te son perdonados.

¡Pobre hombre por cierto! La enfermedad que lo aquejaba se caracterizaba por una pérdida extrema de su capacidad motora, lo que generalmente es causado por la incapacidad de los músculos de ejercer su función, debido a algún daño en las áreas motoras del cerebro o en la médula dorsal, o ambas cosas. En el caso presente, cualquiera que haya sido la parte del cuerpo afectada por la parálisis y el punto de progreso alcanzado por la enfermedad, un hecho era claro: la persona enferma no podía moverse. Tenía que ser trasladado. Cuatro hombres—¿familiares? ¿amigos?—realizaban este servicio en su favor, como señala Marcos. Lucas no nos especifica cuantos pero Marcos sí.

Son dignos de admiración el valor y el ingenio de los cinco—el paralítico y sus cuatro amigos—y particularmente también su fe en el éxito de su aventura y por eso su confianza final en Jesucristo. Si la casa donde se había reunido la multitud tenía una escala exterior, entonces los cuatro y su preciosa carga llegaron a la azotea a través de ella. Si esa casa no tenía una escala exterior, es posible que lo hayan hecho subiendo a la azotea vecina y luego hayan pasado de un techo al otro. De uno u otro modo, llegaron al lugar directamente sobre el punto en que Jesús estaba hablando a la gente.

¡Ahora había que pasar a través del techo! La cubierta exterior de las casas generalmente era plana. Tenía vigas con algunas armazones transversales cubiertas con ramas de árboles, malezas, etc., sobre la cual había una gruesa capa de barro mezclado con paja, que había sido apisonado. Ese tipo de techo no era difícil de desarmar. Pero Lucas dice que ellos bajaron al hombre a través del tejado. Cuando se entiende mal la naturaleza de estas tejas y se las considera puestas sobre una estructura sólida de cuadrados pequeños, se crea una dificultad innecesaria. Además, la abertura en el techo no tenía que tener la longitud igual a la estatura del hombre. Por medio de una hábil manipulación de las cuerdas, aun un hombre enfermo de una estatura mediana podía ser pasado a través de una abertura relativamente pequeña. “Querer es poder”.

Mucho se ha escrito sobre la mención que Lucas hace del “tejado”. Ha sido acusado de introducir una arquitectura no palestina en el pasaje, puesto que los techos de Palestina no tenían tejas o tejado. O se le ha descrito como que acomoda su escrito a la inteligencia de los lectores gentiles. Otro punto de vista es el propuesto por varios comentaristas a saber, que la palabra tejado, según se usa aquí, significa sencillamente “techo”. Esa teoría tiene el mérito de absolver a Lucas de todo error. Sin embargo, esta solución podría ser innecesaria. Probablemente ya se estaba dirigiendo en la dirección correcta cuando hace la pregunta, “Con toda la influencia gentil en Palestina en ese tiempo, ¿por qué no podían tener techos tejados algunas casas judías?” Descubrimientos recientes han confirmado el hecho de que el techo de tejas comenzó a usarse en la época neotestamentaria y que Palestina no quedó de ningún modo excluida en esto.

Habiendo hecho una abertura en el techo, los cuatro bajaron al paralítico en la camilla en que yacía. Puesto que eran cuatro los hombres que lo bajaron, probablemente le ataron cuerdas en las cuatro esquinas. Así fue que el hombre enfermo llegó frente a Jesús. Este, mirando hacia abajo, vio a su paciente y mirando hacia arriba, vio a los cuatro amigos que estaban mostrando que eran “amigos verdaderos”.

No leemos que los cuatro, desde su posición en el techo, hayan gritado algo a Jesús. Ninguno de los evangelistas, además registra que el enfermo mismo haya dicho algo a Jesús. En lo que respecta al paralítico, aun es posible que debido a su condición no pudiera hablar. ¡Pero aunque los cinco no hubiesen hablado, mostraron su confianza! Y eso era lo importante. La confianza de los cinco tocó el corazón mismo de Jesús, quien ahora, en un tono tierno pero firme, dijo al paralítico: “*Hombre, tus pecados te son perdonados*”.

Fue definitivamente la fe de los cinco lo que hizo que estas palabras fluyesen de los labios del Salvador. En cuanto a pasajes que corroboran esto y que muestran la importancia que el Señor daba a la fe, el Nuevo Testamento es abundante. La fe, puesta en acción, siempre conmovió a Jesús.

Por las palabras de absolución pronunciadas a este hombre, hay quienes han llegado a la conclusión de que Jesús atribuyó la enfermedad del paralítico a su pecado. Sin embargo, esta inferencia es completamente injustificada. Otros textos muestran claramente que Jesús rechazaba el error común de los judíos que creían que una persona gravemente enferma tenía que haber pecado gravemente.

Jesús nunca tomó el pecado livianamente. Jamás dijo a la gente: “¿Tienen sentimiento de culpa? Olvídenlo”. Por el contrario, consideraba el pecado como un alejamiento inexcusable de la ley de Dios, como teniendo un efecto asfixiante sobre el alma y como algo que está en el corazón y que no consiste solamente de acciones externas. Pero también Él ofreció

la única solución verdadera. Estaba bien consciente del hecho de que el consejo: “Deja tu sentimiento de culpabilidad; un poco de crueldad, promiscuidad o infidelidad no es tan malo”, origina más problemas que los que resuelve. Además, sabía que era completamente imposible que una persona libre su alma del sentido de culpa tratando de equilibrar sus pecados con buenas obras. Por otra parte, el refrán moderno “el que peca y reza empata” es totalmente incompatible con las enseñanzas de Jesús. Sabía que esta filosofía sólo podía producir un trágico fracaso y una desesperación horrorosa. En lugar de eso, Él había venido a proclamar—no, no solamente a proclamar, sino antes que otra cosa, a proveer—la sola, la única solución, a saber, el perdón y esto sobre la base de su propia expiación del pecado, esto es, de su sacrificio substitutivo en la cruz.

Por lo tanto, cuando ahora dice al paralítico: “Tus pecados te son perdonados”, no solamente está llevando a este hombre la noticia del perdón de Dios, como Natán lo había hecho con David cuando éste se arrepintió; Él, por derecho propio, está cancelando la deuda del paralítico. Borra completamente y para siempre sus pecados. Además, dicho perdón nunca viene solo. Siempre es “perdón y más”. En Cristo, Dios disipa la tristeza del inválido y lo abraza con amor adoptivo y protector. Al decir, “tus pecados te son perdonados”, Jesús no solamente había levantado una carga del alma de este sufriente cargado de pecado, sino que había también proclamado que la purificación del alma era aun más importante que la curación del cuerpo. Había hecho una cosa más: había reclamado para sí la prerrogativa divina de declarar la libertad de la culpa y realmente proporcionarla. Así que le había tirado el guante a sus oponentes. ¿Lo tomarían? ¿Si no abiertamente, entonces por lo menos en sus corazones y mentes?

5. Se hace un ataque

Entonces los escribas y los fariseos comenzaron a pensar, diciendo: «¿Quién es este que habla blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?».

En los corazones de los escribas que habían venido a sorprender a Jesús en alguna falta, no había lugar para la participación en el gozo de este hombre gravemente enfermo que había en ese momento oído palabras de aliento y de alegría. De un modo sumamente despectivo, estos enemigos están diciendo algo decididamente desfavorable. Sin embargo, no lo están diciendo en voz alta, sino solamente en sus corazones. Pero los corazones son muy importantes. ¿No son la fuente principal de las disposiciones así como de los sentimientos y pensamientos? ¿No muestra el corazón de uno el tipo de persona que realmente es?

Así que en sus corazones los escribas están atacando a Jesús. Lo están acusando de decir blasfemias. Llevan a cabo un diálogo en que los pensamientos van y vienen. Lo que dicen es: “¿Quién es este individuo que habla blasfemias? ¿Quién sino sólo Dios puede perdonar pecados?” Jesús está reclamando para sí una prerrogativa que pertenece a Dios solamente.

Los escribas tenían razón al considerar la remisión de pecados como una prerrogativa divina solamente. Es verdad que hay un sentido en que nosotros también perdonamos, a saber, cuando sinceramente decidimos no vengarnos y en cambio amar a quien nos ha causado daño, promover su bienestar y no volver jamás a echar en cara el pasado. Pero básicamente, como se ha dicho, es Dios solamente quien perdona. Es solamente Él quien puede quitar la culpa y declarar que ha sido realmente quitada. Pero ahora el pensar de los escribas llega a la encrucijada en el camino y eligen mal su rumbo. Una de dos: (a) Jesús es lo que en forma implícita dice ser, es decir, Dios, o (b) está blasfemando en el sentido que injustamente pretende tener los atributos y prerrogativas de la divinidad. Los escribas aceptan (b).

No solamente cometen este trágico error, sino que, como lo muestra el contexto siguiente, lo agravan al razonar más o menos en la forma siguiente: “Es fácil para él decir: ‘Tus pecados te son perdonados’, porque nadie puede rebatirlo, ya que nadie puede mirar el corazón de su prójimo o entrar ante el trono del Altísimo y descubrir sus decisiones judiciales en cuanto a quien es perdonado y quien no lo es. Por otra parte, decirle a este hombre: ‘Levántate y anda’ sería mucho más difícil, porque no resultando su curación, como es probable, todos aquí seríamos testigos de su vergüenza”. Así que, según ellos lo veían, Jesús era al mismo tiempo blasfemo y arrogante.

Debemos detenernos aquí para profundizar un poco en esta situación. Los escribas y fariseos tenían razón cuando afirman que solo Dios puede perdonar pecados. Hay abundantes textos que así lo afirman, pero tal vez es el sentido común el que mejor nos ilustra. Solo la persona contra quién se comete la falta tiene potestad de perdonar y los pecados, o sea la desobediencia a sus mandatos, se cometen en contra de la ley de Dios, por lo tanto solo Dios, que es contra quién se pecó, tiene facultad de perdonarlos. Jesús perdonando los pecados del paralítico se estaba atribuyendo facultades divinas. En otras palabras, parafraseando a Jesús, Él estaba diciendo: “Como pecaste contra mí al desobedecer los mandatos que dejé escritos en mi ley y ahora manifiestas tu fe en mí, te perdono, porque tengo la autoridad divina para hacerlo”. Si Jesús no fuera Dios, esto es la peor de las blasfemias porque Él se estaba autodefiniendo como Dios.

6. Se gana una victoria

Jesús entonces, conociendo los pensamientos de ellos, les preguntó:

—¿Qué pensáis en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir: “Tus pecados te son perdonados”, o decir: “Levántate y anda”? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados —dijo al paralítico—: A ti te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.

Al instante se levantó en presencia de ellos, tomó la camilla en que estaba acostado y se fue a su casa glorificando a Dios.

Jesús percibió en su espíritu lo que estos escribas estaban pensando. Las deliberaciones interiores de ellos no le quedaron ocultas. De no haber sido Dios, no habría podido penetrar tan profundamente en los razonamientos “secretos” de ellos. Al interrogar a estos hombres—“¿Por qué pensáis así?”— Él los está reprendiendo agudamente. Su “diálogo” era perverso, porque lo estaban acusando falsamente. Ellos mismos eran los malos. ¿No era para sorprenderle en alguna falta que ellos habían venido este día, con el propósito final de destruirle? Entonces, que ellos examinen sus propios corazones.

En cuanto a qué era más fácil decir al paralítico, “Tus pecados son perdonados” o “Levántate y anda”, ¿no se requería en ambos casos una igual medida de omnipotencia? Sin embargo, Jesús decide que, en vista del razonamiento de los escribas, sí se necesita un milagro en la esfera de lo físico para demostrarles su “autoridad” (derecho y poder) en la esfera espiritual, ¡que vean ellos este milagro!

Entonces se dirige al paralítico con las palabras: “*A ti te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa*”. La obediencia a esta orden demostrará que Él, el humilde pero glorioso “Hijo del hombre”, tiene la autoridad divina sobre la tierra—antes que la puerta de la gracia se cierre— para perdonar pecados.

Aquí se encuentra por primera vez en Lucas la expresión *Hijo del hombre*. En total aparece veinticinco veces en este Evangelio. Es la designación que Jesús usa para sí mismo. Como tal, enfatiza el hecho que el portador no es el Mesías nacionalista de los sueños judaicos sino, en un sentido, “el Salvador del mundo”. Él mismo es único entre los hombre. Es el Hijo del hombre. Es el varón de dolores, pero este mismo sendero de dolores conduce a la corona, a la gloria. Además, esta gloria será revelada no solamente en su segunda venida al venir Él en las nubes, sino que abarca toda su vida en la tierra y se manifiesta a través de cada acto redentor. Él es siempre el glorioso Hijo del hombre.

Mucha gente ha afirmado que Jesús en su nacimiento virginal de María, no era hijo de un hombre sino del Espíritu Santo que lo concibió. Esta posición muestra total ignorancia sobre lo que el término “Hijo del hombre” significaba para el pueblo judío. Jesús, al adjudicarse tal título, estaba informando que Él es, sin duda, su redentor, aquel tan esperado libertador y Mesías detallado en el libro del profeta Daniel:

Daniel 7:13-14

*Miraba yo en la visión de la noche, y vi que con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre; vino hasta el Anciano de días, y lo hicieron acercarse delante de él.
Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas lo sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará; y su reino es uno que nunca será destruido.*

La gloria del Hijo del hombre también se hace evidente en este relato. Jesús, como el Hijo del hombre, había mandado al paralítico que se levantara, tomase su camilla y se fuese a casa. El hombre creía que aquel que había dado la orden podía también darle la capacidad de obedecer la orden. Así, ante la vista de todos los espectadores, se levantó inmediatamente, comenzó a caminar llevando el objeto mismo en que había sido llevado y se fue a la casa. En realidad, se fue a casa muy contento, “glorificando a Dios”, esto es, a Jehová.

En su corazón y mente los escribas y fariseos habían hecho un ataque contra Jesús. Había sido un asalto asesino, porque interiormente lo habían acusado de blasfemo y sabían muy bien que en conformidad con la ley el blasfemo debía morir. Pero, por medio de este asombroso milagro Jesús había demostrado que estaba revestido de autoridad y majestad divinas. Puesto que esto era así, también tenía el derecho y el poder de perdonar los pecados. Por lo tanto, su victoria había sido completa.

Como nota al margen podemos agregar que en aquellos tiempos se le atribuía al pecado la enfermedad o el quebranto físico. Esto se derivaba de la convicción que los mandatos de la ley, sobre todo aquellos que tenían que ver con la inmundicia y la higiene, hacían de los obedientes los más sanos. Por lo tanto si alguien se enfermaba era porque había transgredido la ley. La salud se recuperaba si regresaba a la obediencia y hacía los sacrificios correspondientes para restablecer la comunión con Dios. Jesús bien pudo sanar al paralítico de forma directa, esto es, sin perdonar sus pecados; pero eligió primero perdonar los pecados y luego demostrar que sí tenía tal facultad de hacerlo al sanarlo de su parálisis. Como todo lo que Jesús hacía, sus acciones fueron perfectas. La sanidad del paralítico dejó sin argumentos a los escribas para rebatir su facultad de perdonar pecados. Al fin y al cabo Él es Dios.

7. Se celebra el triunfo

*Y todos, sobrecogidos de asombro, glorificaban a Dios. Llenos de temor, decían:
—Hoy hemos visto maravillas.*

Los tres Sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) informan con cuánto júbilo reaccionaron los espectadores ante lo que acababan de presenciar. Marcos informa del asombro de la gente. Jamás en su experiencia habían presenciado algo similar. Según Mateo, la gente estaba “pasmada”. Lucas aquí relata que el asombro se apoderó de todos. Esto también se puede traducir: “Todos fueron tomados por el asombro”. Agrega: “*Llenos de temor, decían: Hoy hemos visto maravillas.*”. Es común en los tres Evangelios la observación que el pueblo glorificaba a Dios: “todos” (según Marcos y Lucas) atribuían a Dios el honor y esplendor que le era debido. Como ocurre con frecuencia, este “todos” es muy general y no significa que los burlescos escribas que siempre andaban a la caza de faltas repentinamente hubieran experimentado un genuino cambio de corazón y mente. Por el contrario, otros textos nos

dan a entender claramente que los hombres de este tipo seguían siendo hostiles y se endurecían más y más. No obstante, la respuesta en que se glorificaba a Dios era lo suficientemente general como para autorizar el uso de la palabra “todos”. Y sin duda, entre los muchos que lo exaltaban estaban aquellos a quienes las palabras y obras de Cristo les habían causado una impresión duradera y salvadora.

Es claro que Jesús había triunfado completamente sobre sus enemigos. En el proceso de hacerlo había impartido incalculables bendiciones espirituales y físicas a un hombre gravemente enfermo y había dado alegría a los cuatro amigos. Por sobre todo, había demostrado públicamente su derecho divino de perdonar pecados. Había probado que Él era el Salvador, el tan esperado “Hijo del hombre”.

8. En conclusión

Aquí tenemos un relato que es todo un cuadro. Jesús estaba enseñando en una casa. Las casas de Palestina tenían terraza, con un mínimo de inclinación para que cayera el agua de la lluvia. La techumbre estaba formada por vigas que iban de lado a lado a corta distancia, con cañizo y cuerdas y cubierta con una capa de aislante. Era lo más fácil del mundo el quitar el relleno entre dos vigas. De hecho, los ataúdes se metían y sacaban muchas veces por el techo.

¿Qué quiere decir este pasaje acerca del perdón de los pecados? Debemos tener presente que se consideraba que el pecado y el sufrimiento estaban íntimamente relacionados como causa y efecto. Se daba por sentado que, si una persona estaba sufriendo, sería porque había pecado y por eso, el que sufría tenía a menudo un sentido de culpabilidad. Por eso Jesús empezó por decirle al paralítico que se le habían perdonado los pecados. De otra manera el hombre no habría creído que podía ponerse bueno. Esto nos muestra cómo fueron derrotados en la discusión los escribas y fariseos: ellos objetaban a que Jesús pretendiera poder perdonarle los pecados al hombre. Según ellos pensaban y creían, el hombre estaba enfermo porque había pecado y si recobraba la salud, era señal de que se le habían perdonado los pecados. La objeción de los escribas y fariseos se volvió contra ellos y los dejó sin argumentos. En verdad en este terreno y en ninguno, nadie le puede ganar a Jesús... nadie.